

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8392

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECION DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id. Provincias, tres meses, 7:50 id.—Estran-  
jero, tres meses, 11:25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.  
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París  
E. S. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street,  
Mr. C. 198.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Sábado 26 Octubre de 1889

## DESPIERTA.

Despierta Eña; el matinal albor  
Las densas sombras ahuyentando ya,  
Y vuela el aura perfumada ya,  
Sus alas leves en la fresca iloi.  
Ven; no hay encanto, para mi mayor  
Que el que tu vista á mis sentidos da,  
Ven, que en las tazas humeando está  
El aromado y sin igual licor,  
Café de El Barco de Valencia es,  
De el que te gusta con pasión á ti  
Porque conserva á par nuestra salud.  
Por él sin fiebre y con color te ves,  
Por él me tienes á tu lado á mí  
¿Serás ingrata con El Barco tú?

Los exquisitos chocolates, cafés y tés de El Barco de Valencia se venden en todas las tiendas de ultramarinos en la provincia de Murcia, representante general para las ventas al por mayor Benigno Sánchez Riusueño, 3 Caridad 3, Cartagena.

Recomendamos.—Quinina dulce Baeza.—(Véase anuncio 3.ª plana.)

## ECOS DE MADRID.

25 de Octubre 1889.

Ya no se puede uno fiar de las personas que impulsadas por el cariño nos abrazan en medio de la calle. El otro día un caballero se vió de pronto sorprendido por un tisonismo abruzo.

—¡Ah! caballero!... dispense V. exclamó un afectuoso interlocutor. Me he equivocado... le tomé á V. por un íntimo amigo. ¿Qué torpezal! Ruego á V. me perdona.

—Nada hay perdido contestó el abrazado

Pero algunos segundos después, advirtió que se había perdido algo: un magnífico alfiler de corbata, que el entusiasta amigo de sus amigos le había arrebatado, según se averiguó cuando detenido á instancias del caballero, resultó en su poder la valiosa alhaja.

—Todo ha sido pura broma... ja... ja... riéndose.—Aposté con uno... pero iba á devolver el alfiler al caballero cuando ustedes me han cogido.

En efecto, este sería su propósito; pero para realizarlo había tomado el camino más largo toda vez que se dejaba á paso redoblado.

Poco después se supo que el inventor del nuevo modo de tomar, era nada menos que el celeberrimo Medero, tan traído y llevado en la famosa causa de la calle de Fuencarral.

Algunos de los que frecuentan el Abasco sufren la nostalgia cuando no ocupan algunas de sus celdas y hacen lo posible por volver á ponerse el capuchón.

De todos modos bueno es que sepan los provincianos de que en Madrid, hasta la más hermosa expresión del cariño puede ser á un hábil tomador para apoderarse de lo ajeno.

¿Para qué querrán la riqueza esos caballeros de industria? Ni ellos ni nadie debería aspirar á poseer gran cantidad de dinero, mientras que el Banco de España no saque á relucir sus bien guardadas monedillas de oro. Los periódicos de la semana pasada, anunciando estos días, andando mucho en compañía de los billetes de Banco, el peligro de morir como los amantes de

Lucrecia Borgia (Quién había de pensar que esos sedosos papeles, que á pesar de estar sucios y deteriorados nos encantan, que inspiran la alegría á nuestro corazón, que hacen perder el juicio lo mismo á la encanecida cabeza del anciano que á la rubia de las más hermosas de las odalis, contienen sustancias venenosas. Casi todos los que lo manejan frecuentemente mojan en sus labios los dedos que han de cortar los pérfidos pedazos de papel, y á estas caricaturas que son sobre poco más ó menos besos volados, corresponden los tales billetes dando la muerte á quien los trata con tanto mimo.

En lo sucesivo cuando le paguen á uno en billetes será preciso decir:

—Espere V. un poco; y después de ponerse los guantes para cogerlos se podrán tomar.

Porque no vale mojar los dedos en agua. Al cabo de algún tiempo el líquido será un tóxico.

El vil metal tiene por compañero al vil papel.

Ni abrazos, ni billetes de Banco. Pues estamos aviados! Sobre todo si prospera la jurisprudencia que han sentado los padrinos de dos adversarios, al convenir que un bofetón no constituye ofensa. La cosa según cuentan, ha acaecido en Barcelona. Me temo que más acá del Ebro no sea moneda corriente la teoría en cuestión. Qué porvenir de bofetadas en todas partes si los aficionados á darlas, contasen con la impunidad!

Por cierto que esto me recuerda los lamentables sucesos que ha habido recientemente entre dos redacciones de periódicos, sucesos que han venido á demostrar una vez más la conveniencia tantas veces mostrada de un sindicato de la prensa que admitiese en el gremio á los que fueran dignos de pertenecer á él y eliminase á los que carecieran de cualidades para honrarse con el título de periodista que hoy se endosa cualquiera con la mayor tranquilidad. Dentro del gremio debería funcionar un tribunal de honor, al que se sometieran todas las diferencias que surgiesen entre periodistas y de este modo en vez de tener que imitar á pesar nuestro á los que alimentan con sus hechos las gacetas, resolveríamos las cuestiones como manda el honor y la buena educación exige. Hasta ahora nada de esto ha podido conseguirse, porque las diferentes opiniones políticas lo ha impedido. Pero serán necesarias ambas instituciones, sobre todo si prevalece la peregrina teoría de que los bofetones pueden poner la cara como un tomate pero sin manchar lo más mínimo del honor.

Ayer hubo revista militar y la tarde estuvo magnífica. Necesitaré añadir que gran número de bellas señoras acudieron á ver el desfile?

En todo tiempo la española infantilera en combates y en amores sabe el triunfo conseguir, como decía la famosa zarzuela. Y por cierto, si se comparara lo que hoy nos sirven los leales, con aquellas obras de los huano tiempos. Para una Escala de los que por lo mismo se da á que brillen el ingenio y la gracia de un poeta, hay no-

venta y nueve Medias naranjas, como la que ha silbado el público la otra noche.

Por fortuna para los dilettanti en breve inaugurará sus tareas el teatro Real con el incomparable Gayerre y por añadidura las dos sociedades de cometas que existen en Madrid, la de los antiguos á cuyo frente figura Monasterio y la de los modernos que capitanea Arbós, nos ofrecerán cada una una sesión á la semana en el salón Romero.

Los que van á verse en gran apuro son los aficionados á la tauromaquia. He leído en un periódico: «Desde 1.º de Noviembre, correrá la plaza de toros.» De modo que si corre, echenla ustedes un galgo!

Julio Nombela

## Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

VACA

## Charada

¿En el todo el arte impera?

Primera

¿El ocio al todo circunda?

Segunda

¿Y hay alguno que le quiera?

Tercera

Pues si cien años viviera,  
mientras tenga tantos males  
no he de pisar los portales  
del primera dos tercera.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

## LOS HIJOS DE LAS DE GÓMEZ.

En santa calma vivía yo en la vecindad. El portero era amable y servicial, los vecinos nada chismosos y bien educados, de esos que por rara vez me han tocado en suerte en este bajo mundo.

En la limpia escalera no se oía nunca una voz. Las mismas Menegildas parecían haber tenido educación y haber pertenecido á familias que habían venido á menos. ¡Tal estaban de comedidos!

Pues bien, toda esta tranquilidad, toda esta paz octaviana se vino abajo como castillo de naipes el día que la señora de Gómez y sus tres hijos vinieron á ocupar el primer piso.

La señora de Gómez (doña Tula) acababa de llegar de Filipinas con objeto de dar educación á las tres prendas de su alma: Antolin, Joselito y Manolo.

Su esposo se había quedado en Manila desempeñando un destino que le había hecho millonario.

De este matrimonio habían nacido tres niños, pero como la madre de Tula había sido china, Antolin, Joselito y Manolo parecían tres aceitunas.

En el momento en que les presento á nuestros lectores acaban la madre y los tres niños de llegar de la fonda.

En una conductora de muebles traen lo menos treinta baules, la mayor parte con ropa blanca, porque eso sí, á Tula le gusta tener mucha ropa blanca sin duda para hacer resaltar más su obscuro color y el de sus hijos.

La llegada de la de Gómez y sus vástagos se conoce enseguida en la escalera. ¡Qué gritos! ¡Qué subir y bajar los niños! ¡Qué escandalos! ¡Qué risotadas!

Antolin hace morisquetas al portero y sa-

le á los otros pisos á tocar los timbres; Manolo se instala en el balcón con los bolsillos llenos de patatas que arroja á los transeuntes, y Joselito hace cosquillas á los mozos que suben el equipaje, lo que les obliga una vez á soltar la cuerda, cayendo á la calle con estrépito un baul, que por poco mata á un señor chato.

La de Gómez se ha hecho subir una silla y sentada en medio de la sala no deja de exclamar de vez en cuando.

—¡Estos niños!

Y los niños, que ya tienen nueve, diez y once años, continúan haciendo demoniuras.

Poco después llegan los muebles. Todos nuevos, eso sí.

Los niños juegan al toro con las sillas, rompen una pata de un sofá y hacen añicos un espejo.

En uno de los juegos, Antolin sacude una bofetada á Manolo, que comienza á dar berridos como un choto tierno.

—¡Niños! dice la de Gómez abanicándose.

Y no dice más.

Todos los vecinos estamos en los balcones comentando aquel ruido tan desusado y temiendo por la tranquilidad futura del inmueble.

Desde el día siguiente ya no pudimos vivir.

A las ocho de la mañana (y cómo madrugaban los condenados) ya estaban los niños en campaña.

Su saludo era á la portera. O rompían un cristal de los del kiosko del portero, ó tiraban á éste con alguna bota vieja ó un troncho de colera.

Luego solían llenar de caricaturas las paredes del portal. Debajo de aquellos mamarrachos ponían letreros, como por ejemplo: «Este es el indeceto del tercer piso»; ó bien: «Este es el señor del segundo, aquel feo que tiene una mujer tan guapa».

La escalera se hallaba siempre sucia, y las paredes, además de los dibujos, estaban rayadas y descascarilladas.

Si en la calle encontraban un perro abandonado los malditos niños, lo subían á casa, le ataban un cacharro en el rabo y luego le soltaban: escaleras abajo, con espanto de los vecinos que salíamos desparavidos á ver qué ruido era aquél.

Cuando ellos salían al balcón, todos nos metíamos dentro por temor á que nos tirasen cualquier cosa, que siempre sucedía.

Nos quejamos al casero y éste se presentó á doña Tula.

—Señora, todos los vecinos se quejan de los hijos de V.

—¡Angelitos! Es la edad... ¡Pobrecitos míos!

—Me estropean además el inmueble.

—Se pagará, D. Crispulo, se pagará.

La queja no produjo ningún efecto.

Afortunadamente, la de Gómez mandó sus hijos al colegio y pudimos descansar las horas en que estaban fuera.

Pero así que llegaban las doce ó las cinco de la tarde que era la hora de enseñar aquellas letras, el portero se trababa en la portera, los vecinos entraban en los escondijos, los tenderos de la calle se metían á las puertas de sus tiendas armados con bates, y todo el barrio se conmovía.

Los hijos de la de Gómez salían del colegio como una avalancha, corriendo, gritando, insultando, y haciendo cristales y haciendo otra porción de heroicidades.

Los niños pequeños nos sentaban á todos en el suelo.

Cuarenta veces fue el alcalde de barrio á visitar á D.ª Tula para que esta corrigiese á sus hijos, pero ni por esas.